

NARRACIONES

I A T E A

Hace bastantes años, iba embarcado en calidad de suboficial, en un vapor que hacía la ruta Sidney-S. Francisco, con escala en Honolulu.

La travesía solía ser agradable, pues como buque dedicado al servicio de los turistas, tenía todas las comodidades, y procuraba variados festejos para hacer más distraído el viaje. Los oficiales, teníamos el deber de alternar con el pasaje de primera; ya sabéis: invitar a bailar a las cámaras y damitas y a veces flirtear con ellas en los puentes, en las noches tranquilas. Para facilitar esta función, nuestra Compañía, como es norma de todas las compañías dedicadas al transporte de pasajeros, prohibía a los casados de la tripulación llevar a sus esposas en el mismo buque en que viajaban ellos. Esta disposición no me afectaba, pues tan soltero era entonces, como ahora. Tenía 27 años y me parecía que iba a conquistar el mundo.

En uno de los viajes, embarqué en Sidney una artista tahitiana, que iba a actuar en una de las salas de espectáculos de Honolulu. La vida en los buques, incita a la pronta intimidad. Los bailes, los paseos por el puente, la contemplación del cielo que va descubriendo nuevas constelaciones al variar la latitud, crean un ambiente que equivale a un flirteo amoroso. Si a ello unís la belleza de una hija de los mares del Sur —y Iatea era un ejemplar excepcional— y el ardor de mis veinte y tantos años, ya podéis imaginar que lo que comenzó como deber, se transformó en seguida, en una pasión devoradora. Iatea poseía un encanto misterioso, un perfume de juventud que la nimbaba como una aureola perceptible; al acercarme a ella me sentía sumergir en un maravilloso clima que me hacía feliz. La perfección de su cuerpo, la tez dorada, los cabellos negrísimos y largos y los profundos ojos oscuros atraían de tal manera mis sentidos, que las palabras, hechizado o

embriagado, sólo dan una pobre idea del estado de ánimo que despertaba en mí su compañía.

Iatea correspondió a mi amor, y vivimos unos días inolvidables en que nos parecía inextinguible el caudal de pasión que brotaba de nuestros pechos. Pasaba el tiempo como en un sueño y en mis horas de guardia actuaba casi como un autómatas, guiado por la disciplina y el hábito.

Pero todo tiene su fin, y un atardecer avistamos el pico de Mauna Kea. Nos quedaban pocas horas que vivimos en pleno frenesí. Iatea desembarcó y yo seguí el viaje dispuesto a arreglar mis cosas para dejar el servicio de la Compañía e irme a Honolulu, para estar junto a mi amor. Los días que faltaban para volver a hacer escala en este puerto se me antojaron interminables. Hacía mis guardias con el pensamiento prendido en Iatea, añorándola con todo mi ser y esperando el momento de volverla a tener entre mis brazos.

Por fin nuestro buque hizo su entrada en Honolulu. En cuanto pude me dirigí al Hotel donde se hospedaba Iatea. Al preguntar al conserje, dijo, con cierto embarazo, que había partido hacía tres días.

— ¡Cómo! Si tenía un contrato por tres meses y no hace más de tres semanas que actúa!

— No puedo decirle más al señor.

— Quiero ver al gerente — repliqué.

Me acompañó al despacho de éste, que tras cerrar las puertas e invitarme a tomar asiento comenzó con muchos circunloquios sobre el buen nombre del Hotel, mi caballerosidad, y que esperaba de mí no divulgaría nada.

No pudiendo contenerme le interrumpí: ¿Dónde está Iatea?

— Ah! ¿pero no lo sabe Vd.?

Hubiera aplastado con gusto la cara de aquel parlanchín imbécil.

—Es lo que quiero averiguar.

—El Servicio de Sanidad la llevó a Molokai.

Quedé aturcido como si me hubieran sorbido los sesos y con ellos la facultad de pensar y sentir. Estuve unos minutos sin poder articular palabra.

No quería imaginar el horror de la situación. Iatea, la figurilla adorable de tez dorada y músculos elásticos, de sonrisa rojiblanca que era música para mis oídos, estaba encerrada en aquel antro de podredumbre, con los muertos vivos, con los desgraciados leprosos. No, no podía ser.

El gerente me hizo tomar una copa para reanimarme y pronunció unas frases de condolencia.

Salí del Hotel sin saber donde iba.

De pronto me asaltó un pensamiento terrible. Y yo?... Había convivido con Iatea... Un escalofrío recorrió mi piel y sentí saltarme el corazón como si quisiera escapar de la jaula del pecho.

Fuí a volcar mis terrores a los oídos del médico del barco, que escuchó serenamente mi relato y luego trató de tranquilizarme explicándome que tal vez Iatea no estuviera enferma y sólo se la hubiesen llevado para una inspección. Estos nativos son algo descuidados con su documentación sanitaria y quizá ella tuviera que cumplir algún trámite. De todas formas, el hecho de haber tenido relación con ella sólo implicaba un peligro remotísimo, casi nulo, y así siguió hablándome hasta lograr apaciguar mi tempestad anímica.

No conseguí saber nada más de Iatea y durante muchos años me royó el corazón el gusano del miedo. Después de tres lustros puedo hablar de este episodio sin conmoverme apenas, pero aquel horrible minuto en que me dieron la noticia viví la angustia de toda una vida.

Juan Massot

El Pantano del Ebro (Sigue de la pág. 38)

positiva. Se calcula que el agua que el Ebro vierte anualmente al mar asciende a catorce mil millones de metros cúbicos.

La longitud del embalse máximo es de veinte kilómetros. Su perímetro alcanza los 112 Km. y su cuenca de alimentación es de 450 Km².

Es un pantano, en la cabecera del río, como se ha dicho.

El Ebro es un río que recoge, en su largo curso, el agua de 150 afluentes que tienen una cuenca total de 83.500 Km. cuadrados equivalentes a la sexta parte de España. El Ebro unido al Duero podría enlazar el Mediterráneo con el Atlántico y flataría entonces la vida a través de la península, como un día afirmó el gran Floridablanca.

Hemos trazado, a grandes rasgos, la fisonomía de esta obra cumbre, regularizadora del caudal de nuestro gran río. Empezamos por él, por su grandeza, luego, hemos de escribir sobre aquellas otras obras que nos afectan solamente a nosotros, pero que constituyen y habrán de constituir, terminadas todas, la fuente principal de riqueza que pudiéramos soñar.

Enrique Aguadé y Parés

SILENCI ELOQUENT

T'he vist com un esclat de Primavera:
Brillant i ruborós com una albada,
tot tu, ungit del somni d'una fada,
diví i bell com un desig (primera
trena de l'inflamada i juganera
madeixa de l'amor); t'he vist l'alada
gentilesa del Gest (vana quimera
de plàstica constant) i la daurada
eurítmia del teu somriure breu
que es fón com una volva dins la greu
melangia dels teus isolaments.
T'he vist als ulls el guspireig del somni,
coixí de llum, on si congria l'igni
i clar silenci dels teus pensaments!!

Joaquim Bargalló Borràs